

GUZMÁN.—Y tan cobarde. Creo que yo tengo idea de quién es el asesino.

MIGUEL.—(En primer término derecha.) Yo también.

NAVARRO.—(Imperturbable.) El asesino de César Rubio, señora, fue un fanático católico.

GUZMÁN.—¡Fuiste tú!

NAVARRO.—Fue un fanático, como puede probarse. En su cuerpo se encontraron un crucifijo y varios escapularios.

GUZMÁN.—No tiene caso calumniar a nadie. Sabemos de sobra...

ELENA.—(De hielo.) Váyase usted, general Navarro. No sé cómo se atreve a presentarse aquí, después de... (La interrumpe un tumulto creciente, afuera. Las voces se multiplican en un rumor de tormenta. NAVARRO se inclina, se dirige a la puerta, la abre y sale después de una mirada a la familia. Se escucha un rumor hostil. Luego, cada vez más distintamente, la voz de NAVARRO que grita.)

LA VOZ DE NAVARRO.—¡Camaradas! He venido a decir a la viuda de César Rubio mi indignación ante el vil asesinato de su marido. Aunque hay pruebas de que el asesino fue un católico, no falta quien se atreva a acusarme. (Murmullo hostil. GUZMÁN va a la puerta y sale.) Estoy dispuesto a defenderme ante los tribunales y a renunciar a mi candidatura hasta que se pruebe mi inocencia...

LA VOZ DE GUZMÁN.—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Fue él y todos lo sabemos! (Murmullo hostil, pero indefinible.)

LA VOZ DE NAVARRO.—No contestaré. César Rubio ha caído a manos de la reacción en defensa de los ideales revolucionarios. Yo lo admiraba. Iba a ese plebiscito dispuesto a renunciar en su favor, porque él era el gobernante que necesitábamos. (Murmulllos de aprobación.) Pero si soy electo, haré de la memoria de César Rubio, mártir de la Revolución, víctima de las conspiraciones de los fanáticos y los reaccionarios, la más venerada de todas. Siempre lo admiré como a un gran jefe. La capital del Estado llevará su nombre, le levantaremos una universidad, un monumento que recuerde a las futuras generaciones... (Le interrumpe un clamor de aprobación.) Y la viuda y los

hijos de César Rubio vivirán como si él fuera gobernador. (Aplausos sofocados.)

ELENA.—(Agitando una mano como quebrada.) Cierra, Miguel. Las puertas, las ventanas, ciérralo todo.

MIGUEL.—No, mamá. Todo el mundo debe saber, sabrá... No podría yo seguir viviendo como el hijo de un fantasma.

ELENA.—(Deshecha.) Cierra, Julia. Todo se ha acabado ya. (JULIA, vencida, se dirige a cerrar la ventana primero, luego la puerta. Penumbra. El rumor exterior se hace menos perceptible.)

MIGUEL.—¡Mamá! (Solloza sin ruido.)

ELENA.—Ese es otro hombre. El nuestro... (No puede seguir. Llamam a la puerta.) No abras, Julia. (Tocan nuevamente. MIGUEL abre con lentitud. Entra ESTRELLA; SALINAS y GUZMÁN tras él.)

ESTRELLA.—(Solemne, con esa especie de alegría de serlo que acompaña a los demagogos.) Señora, el señor presidente ha sido informado ya de este triste suceso. (MIGUEL vuelto hacia ellos, escucha.) El cuerpo del señor general Rubio será velado en el Palacio de gobierno. Vengo para llevarlos a ustedes allí. Se le tributarán honores locales de gobernador; pero, además, considerando que se trata de un divisionario y de un gran héroe, su cuerpo recibirá honores presidenciales y reposará en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Usted, señora, tendrá la pensión que le corresponde. El gobierno revolucionario no olvidará a la familia de su héroe más alto.

ELENA.—Gracias. No quiero nada de eso. Quiero el cuerpo de mi marido. Iré por él. (Camina hacia la puerta. JULIA la sigue.) Tú quédate.

JULIA.—Mamá, iremos todos. Y se le harán los honores. (ELENA la mira.) ¿No comprendes?

SALINAS.—No entiendo, señora...

ESTRELLA.—César Rubio pertenece al pueblo, señora...

GUZMÁN.—(Detrás de ellos, sañudo.) Nos pertenece a nosotros para siempre.

JULIA.—¿No comprendes, mamá? El será mi belleza. (ELENA hace un esfuerzo para hablar, sin lograrlo. Agita un poco la mano. ESTRELLA la toma del brazo. Salen. MIGUEL queda inmóvil en la escena. Los murmullos y las voces des-



aparecen en un silencioso homenaje a la viuda. Después de un momento entra NAVARRO.)

MIGUEL.—¿Usted? Tengo que aclarar algo, primero con usted, luego con todo el mundo.

NAVARRO.—(Brutal.) ¿Qué es lo que sabe usted?

MIGUEL.—Sé que usted mató a mi padre. (Con una violencia incontenible.) Lo sé. ¡Oí su conversación!

NAVARRO.—(Estremecido.) ¿Sí? (Se sobrepone.) Oiga usted lo que dice el pueblo que presencié los acontecimientos, joven. El asesino fue un católico; puedo probarle. Mis propias gentes trataron de aprehenderlo.

MIGUEL.—Y para mayor seguridad, lo mataron. Para borrar todas las pruebas. Mató usted a mi padre y a su asesino material, como mató usted a César Rubio. ¡Lo oí todo!

NAVARRO.—(Turbado y descompuesto.) Su dolor no lo deja... (Desafiante de pronto.) ¡No podría usted probar nada!

MIGUEL.—Eso no puedo remediarlo ya. Pero no voy a permitir esta burla: la ciudad César Rubio, la universidad, la pensión. ¡Usted sabe muy bien que mi padre no era César Rubio!

NAVARRO.—¿Está usted loco? Su padre «era» César Rubio. ¿Cómo va usted a luchar contra un pueblo entero convencido de ello? Yo mismo no luché.

MIGUEL.—Usted mató. ¿Era más fácil?

NAVARRO.—Su padre fue un héroe que merece recordación y respeto a su memoria.

MIGUEL.—No dejaré perpetuarse una mentira semejante. Diré la verdad ahora mismo.

NAVARRO.—Cuando se calme usted, joven, comprenderá cuál es su verdadero deber. Lo comprendo yo, que fui enemigo político de su padre. Todo aquel que derrama su sangre por su país es un héroe. Y México necesita de sus héroes para vivir. Su padre es un mártir de la Revolución.

MIGUEL.—¡Es usted repugnante! Y hace de México un vampiro..., pero no es eso lo que me importa..., es la verdad, y la diré, la gritaré.

NAVARRO.—(Se lleva la mano a la pistola. MIGUEL lo mira con desafío. NAVARRO reflexiona y ríe.) Nadie lo cree-

rá. Si insiste usted en sus desvaríos, haré que lo manden a un sanatorio.

MIGUEL.—(Con una frialdad terrible.) Sí, sería usted capaz de eso. Aunque me cueste la vida...

NAVARRO.—Se reirán de usted. No podría usted quitarle al pueblo lo que es suyo. Si habla usted en la calle, lo tomarán por loco. (Saluda irónicamente el cartel de César Rubio.) Su padre era un gran héroe.

MIGUEL.—Encontraré pruebas de que él no era un héroe y de que usted es un asesino.

NAVARRO.—(En la puerta.) ¿Cuáles? Habrá que probar una cosa u otra. Si dice usted que soy un asesino, gente mal intencionada podría creerlo; pero como también piensa usted decir que su padre era un farsante, nadie lo creerá ya. Es usted mi mejor defensor, y su padre era grande, muchacho. Le debo mi elección. (Sale. Se oye un clamor confuso afuera. Luego, voces que gritan: ¡Viva Navarro!)

LA VOZ DE NAVARRO.—¡No, no, muchachos! ¡Viva César Rubio. (Un ¡Viva César Rubio! clamoroso se deja oír. MIGUEL hace un movimiento hacia la puerta; luego sale rápidamente por la izquierda. Ruido de voces y de automóviles en marcha, afuera. Pequeña pausa, al cabo de la cual, MIGUEL reaparece llevando una maleta pequeña. Se dirige a la puerta derecha. De allí se vuelve, descuelga el cartel con la imagen de César Rubio, después de dejar su maleta en el suelo. Dobla el cartel quietamente, y lo coloca sobre el escritorio. Luego empuja con el pie el rollo de carteles, que se abre como un abanico en una múltiple imagen de César Rubio.)

MIGUEL.—¡La verdad! (Se cubre un momento la cara con las manos, y parece que va a abandonarse, pero se yergue. Entonces toma, desesperado, su maleta. En la puerta se cerciora de que no queda nadie afuera. El sol es cegador. MIGUEL sale, huyendo de la sombra misma de César Rubio, que lo perseguirá toda su vida. Telón.)



